



Tiranías y humanismo del siglo XIV.

Cola di Rienzo. Petrarca

Combate entre bandas de "condottieri" (una de las versiones de la batalla de San Romano, por Paolo Uccello, conservada en los Uffizi, de Florencia). Los "condottieri" eran guerreros profesionales que, bajo la dirección de un jefe, formaban compañías que vendían sus servicios militares al mejor postor, por lo general una ciudad. Algunos de estos jefes llegaron a dominar en la ciudad que les había contratado e instauraron en ella su dinastía.

Durante la Edad Media, los personajes capitales en la escena del mundo habían sido Dios y el alma; a mediados del siglo XIV el protagonista es el hombre, el conjunto humano, extraña mezcla de espíritu y materia. Este mecanismo formidable desea la gloria y llega a veces al superhombre, pero cae otras veces en desórdenes que hacen de él un monstruo. Por sus caídas, tanto o más que por sus grandezas, el hombre empezó a ser lo más interesante para el hombre; se observan sus acciones como un vasto panorama inexplorado; su potencialidad parecía inagotable para el bien y el mal; el hombre empezaba a pretender la superación de su propia

naturaleza. No es que se desconociese por ello el valor de otros factores; a menudo en estas páginas tendremos que hacer alusión a la supervivencia de los conceptos medievales de Dios y el alma. Dios continuó siendo el creador y sustentador del universo; sólo algunos eruditos de los siglos XIV y XV, muy pocos, abrigaban sus dudas acerca de la cosmografía celestial, con un empíreo para los bienaventurados poblado de personas felices. El alma era todavía la partícula divina que sobrevivía después de la descomposición del conjunto humano, cuando la materia volvía a disolverse en ceniza. Pero alma y cuerpo reunidos formaban una combinación tre-



Vista de Florencia, en la que destacan la catedral y su elevada cúpula, obra de Brunelleschi.

menda, capaz de los más altos conceptos y heroísmos, y también capaz de las más bajas pasiones.

Durante la Edad Media el estudio del hombre había consistido principalmente en el estudio de su alma; la ciencia humana había sido más bien una psicología que una antropología; ahora lo admirable empezaba a ser el compuesto de músculos, inteligencia y voluntad. Su belleza física y sus virtudes sociales interesaban ya tanto como la parte espiritual. El alma participaba en la acción, animándola, regulándola; pero era el cuerpo el que le daba las ocasiones de obrar, y

RENOVACION DE LA LITERATURA Y LAS ARTES EN EL SIGLO XIV

Años	Literatura	Arte
1296		Construcción de la catedral gótica de Florencia.
1300	Muere Guido Cavalcanti, máximo representante del "dolce stil nuovo".	
1301		Pisano da fin al púlpito de Pistoia.
1302	Exilio de Dante.	
1303	Fundación de la universidad de Roma.	
1305		Giotto da fin a la Capilla de la Arena.
1309		Construcción del gótico palacio de los Dux en Venecia.
		Fachada de la catedral de Orvieto.
1310		
1312	Dante escribe El Infierno .	
1313	Nace Boccaccio.	
1315		Duccio pinta "la Maestà" de Siena.
1317	Dante escribe el De Monarchia .	
1318	Fundación de la universidad de Treviso.	
1321	Muere Dante.	
1324	Escritos de Dino Compagni, cronista florentino.	
1325		El músico Francisco Landino desarrolla el acompañamiento instrumental en las canciones profanas.
1334		Construcción del "campanile" de Florencia.
1337		Muerte de Giotto.
1341	Coronación de Petrarca.	
1342	De contemptu mundi , de Petrarca.	Frescos de Lorenzetti en San Francisco de Asís.
1343		Nace Andrea d'Orcagna.
1349	Fundación de la universidad de Florencia.	
1353	El Decamerón , de Boccaccio.	
1357	Los Triunfos , de Petrarca.	
1360	Boccaccio escribe una vida de Dante.	
1361		Final del coro y transepto de Santa María la Gloriosa de Venecia.
1366	Rerum vulgarium fragmenta , poesía de Petrarca en italiano.	
1373	Florencia crea una cátedra de interpretación de Dante, cuyo primer titular es Boccaccio.	
1374	Muere Petrarca.	
1375	Muere Boccaccio.	
1377		Nace Brunelleschi.
1386		Nace Donatello.
1387		Se empieza la construcción de la catedral de Milán.
1388		Construcción de San Pedro de Bolonia.
1391	Fundación de la universidad de Ferrara.	
1403		Ghiberti empieza los bajos relieves del baptisterio de Pisa.

aun la estimulaba con reacciones favorables y contrarias. Los primeros humanistas, sin perder su fe en Dios y en el alma, comprendían que el cuerpo humano era el laboratorio indispensable para sus manifestaciones aquí en la tierra, y concedían al cuerpo una atención y dignidad que no le habían reconocido los doctores escolásticos de los siglos precedentes.

El cuerpo era objeto de todos los cuidados; incluso cuando se hallaba reducido a cadáver: se le enterraba, se le embalsamaba y se le hacía objeto de solemnes exequias que duraban, a veces, varias semanas. En ocasio-

nes, el esqueleto, descarnado, descansaba en un sepulcro principal, y las entrañas se conservaban en otro lugar; incluso a veces existía un tercer enterramiento para el corazón. Se establecían mandas y rentas para exequias perpetuas y aniversarios.

La devoción se había humanizado también. El misterio de la Trinidad no preocupaba tanto como antes a las mentes; en cambio, se mostraba cada día mayor confianza hacia los santos y la Virgen. Abundaban las cofradías bajo la advocación de un santo patrón por el que se tenía predilección, a veces no justificada más que por su rareza.

Ciudad italiana del siglo XIV, representada en un fresco de A. Lorenzetti (Palazzo Pubblico, Siena). En esta visión ideal de la ciudad bien gobernada se pueden apreciar las trazas aún góticas de los edificios, cuyo piso inferior se dedica a talleres. En las figuras humanas se distinguen las diferentes modas de mediados de dicho siglo.





Triunfo de Federico de Montefeltro, duque de Urbino, en un carro arrastrado por los caballos blancos de la Fama, que al mismo tiempo le está coronando, por Piero della Francesca (Uffizi, Florencia). Conseguir el triunfo personal, por cualquier medio, fue una de las mayores ambiciones del hombre renacentista, pues le proporcionaba la gloria, un tipo de inmortalidad a nivel humano.

Los príncipes creaban Ordenes militares puramente honoríficas bajo el patronazgo, también, de la Virgen o de un bienaventurado, las cuales servían de pretexto para banquetes, cortejos y exhibición de insignias y estandartes. No había excelencia que no se adjudicara a María; se insistía en el dogma de su Concepción Inmaculada y se proponía el de su Asunción. Una congregación de Marsella, los victorinos, sostenían que Moisés vio en la zarza ardiente, no a Jehová, sino a la Virgen María ya con su hijo en brazos. Hasta los burgueses y artesanos se asociaron en compañías, o *puys* (en Francia), para celebrar certámenes poéticos en honor de la Madre perfecta, modelo de mujer: no la ideal de los trovadores, sino una dama doméstica, burguesa, que cría a su hijo y cuida del hogar.

El pensamiento medieval, escolástico e imperialista, que el Dante había glorificado (con sus aspectos teológico y caballeresco), no sucumbió gradualmente, ni tampoco de un modo heroico. En lugar de ceder el puesto a la nueva concepción moral y política, se atrincheró en los antiguos principios de la caballería feudal. Los siglos XIV y XV viven un verdadero Renacimiento romántico en que se glorifica lo que aún queda de feudalismo. Los antiguos señores, impotentes contra el creciente poder de la monarquía, parodiaban la vida aristocrática en pequeñas cortes locales, de las que sólo algunas tuvie-

ron originalidad suficiente para renovar lo antiguo, intensificando ciertos aspectos estéticos y sociales. Tales fueron, por ejemplo, las cortes de los duques de Borgoña, de Anjou y Berry, en Francia. Torneos y fiestas y cortes de amor sustituyeron a las verdaderas actividades del genio medieval.

Los torneos, preparados durante meses, se convocaban por medio de heraldos que repartían, en sus viajes, carteles de desafío. La fiesta (porque se trataba, al fin y al cabo, de una fiesta) comenzaba después de fastidiosas ceremonias, y acababa con la concesión de un premio: una flor, una banda o el beso de la hermosa que presidía los combates desde un palio de honor. Tanta falsedad no satisfacía plenamente. Mientras en los gremios ciudadanos fermentaba un espíritu de descontento, que a veces se desbordaba en motines callejeros y en verdaderas guerras. En ciertos países, como en Flandes, la exigencia de los burgueses, que reclamaban la libertad de federación de los municipios, constituyó un peligro para la monarquía. Los príncipes raramente atendían a las justas demandas de sus vasallos: tan imbuidos estaban de espíritu caballeresco, que consideraban al plebeyo como incapaz de raciocinar. Se llamaban: el Fuerte, el Malo, el Sin Miedo, el Cruel, el Temerario. Por excepción, a Carlos V de Francia se le llamó el Prudente, y a Martín I de Aragón, el Humano.

En aquel momento final de la Edad Media que es el siglo XV, lo que importaba era la victoria, el triunfo, la gloria, el poder, aunque se obtuvieran de un modo vergonzoso. Las víctimas (a veces poblaciones enteras) excusaban fácilmente a sus verdugos porque éstos eran fuertes. Europa asistió a un verdadero espectáculo gladiatorio en que la mejor arma era la ambición y el mejor derecho el triunfo. Para vencer se tenía, a

menudo, que fingir; y astucia y disimulo fueron cualidades tan necesarias como la energía y la magnanimidad.

Los rencores entre príncipes, originados por meras rencillas personales, desencadenaron en el siglo XV conflictos en los que se sacrificó gran parte de la riqueza acumulada por las monarquías de la Edad Media. Hubo en España guerras por minucias fronterizas entre Castilla y Aragón; hubo gue-



Tabla de un díptico de la Anunciación, por Simone Martini (Musées Royaux des Beaux-Arts de Belgique, Bruselas). Uno de los rasgos más típicos del incipiente humanismo fue el de humanizar la devoción, la cual depositaba cada día mayor confianza en la Virgen y los santos.

EUROPA EN EL SIGLO XIV (1390)



Sin duda, en la Europa del siglo XIV la transformación profunda se da en el sector oriental con la aparición de los turcos.

EUROPA OCCIDENTAL. Los problemas exteriores parecen cancelarse en esta zona ante la urgencia de la crisis interna. Es el caso del enfrentamiento entre Francia e Inglaterra (guerra de los Cien Años), que, tras la brillante ofensiva de Carlos V de Francia y la firma de treguas en 1380, parece haberse resuelto a favor de Francia. Sólo cuatro plazas quedan bajo el dominio inglés.

Pero no es una época pacífica. En cada país se encona un conflicto interno que tiene un aspecto territorial: la lucha entre monarquía y feudalismo, el intento de los monarcas de incorporar al "dominio real" —territorio de gobierno directo del monarca— los grandes señoríos del país.

Esta política de reagrupación cuesta reveses a Castilla, que paraliza la Reconquista (subsistencia del reino de Granada) y, sin embargo, se propone otros objetivos poco afortunados (derrota de Aljubarrota al intentar absorber a Portugal). En el caso de Aragón nos encontramos ante una verdadera expansión imperialista: conquista de Cerdeña, recuperación de Sici-

lia en 1390, pretensiones a Nápoles, incursiones por el Mediterráneo oriental.

ITALIA Y ALEMANIA. Para Italia y Alemania son de señalar la extremada parcelación política y la falta de definición de un núcleo nacional en torno al cual realizar el estado moderno. Las brillantes ciudades italianas se desvinculan por completo del Imperio y llevan una vida propia: extensión de Venecia y Milán. En Nápoles empieza la rivalidad entre los Anjou y la casa de Aragón. Alemania ve aumentar las posesiones de la casa de Luxemburgo con la asociación de Hungría.

BALCANES. Variaciones sensibles se han producido en los Balcanes. El hecho dominante, aún más por su futuro, es la formación del estado turco. Apoyados por los turcomanos, hermanos de raza y con idéntico afán combativo, los osmanlíes han pasado los Dardanelos y han comenzado la conquista sistemática de los Balcanes: reducción de Bizancio a tres enclaves; desaparición de Bulgaria; empequeñecimiento de Servia.

En el Asia Menor la situación no es tan diferente. Aunque el prestigio de los osmanlíes ha extendido su influencia a varios principados turcomanos, algunos

de éstos son muy poderosos y se alían con los mongoles para subsistir.

EUROPA NORORIENTAL. Sin que los acontecimientos balcánicos susciten reacciones visibles entre los estados eslavos, éstos practican un extraño vaivén: se unen y separan sucesivamente. ¿Afán de expansión? ¿Conciencia de tener enemigos comunes? ¿Política feudal? Un poco de todo; pero también países sobre un espacio aún no definido históricamente, indecisos ante varias posibilidades.

Así Polonia, unida a Hungría durante doce años (1370-1382), fusionada luego con Lituania. Unión duradera esta vez. El monarca común, Ladislao II Jagellón, aúna los afanes nacionalistas de ambos países y concentra su fuerza en la lucha contra la Orden Teutónica y la cruzada contra los turcos. Hungría, en vísperas de un difícil futuro, tiene fronteras comunes con los turcos y oscila entre Polonia y Alemania. En 1382 se acoge a la protección del Imperio: su rey es Segismundo, de la casa de Luxemburgo, rey de Bohemia y emperador. También en el Norte, la reina Margarita de Dinamarca impone la Unión de Kalmar: un soberano común para los tres países nórdicos.

COLUCCIO SALUTATI

"En esta ínclita ciudad, flor de la Toscana y espejo de Italia, émula de aquella gloriosísima Roma de la que desciende, y de la que sigue las antiguas huellas combatiendo por la salvación de Italia y por la libertad de todos, aquí en Florencia, me ocupa una tarea continua e ingente. No se trata de una ciudad cualquiera; yo no me limito a comunicar a los países vecinos las decisiones de un gran pueblo; mi deber es mantener informados, de todos los acontecimientos, a los soberanos y príncipes de todo el mundo."

Así empieza una carta de Coluccio Salutati a un amigo, escrita el 17 de noviembre de 1377 en medio del clamor de la guerra contra el papa Gregorio XI y cuando las luchas entre las distintas facciones están a punto de estallar en la sangrienta revuelta de los Ciompi.

Desde el 15 de abril de 1375, Coluccio Salutati era canciller de la República florentina, es decir, tenía a su cargo toda la política exterior: "Un canciller que permanece todo el día en Palacio, que escribe todas las cartas y epístolas que de parte del Común se mandan a los príncipes del mundo y a cualquier Señoría o persona privada". La redacción de cartas de este tipo es función delicadísima de un secretario permanente de asuntos exteriores, con mayor o menor relieve según quien sea el canciller. La forma de las relaciones oficiales con las demás potencias, entre ellas la Iglesia, podía adquirir un peso decisivo. Entraban en juego no sólo la ciencia jurídica, el juicio político, la habilidad diplomática, sino también la penetración psicológica, la eficacia literaria, la capacidad propagandís-

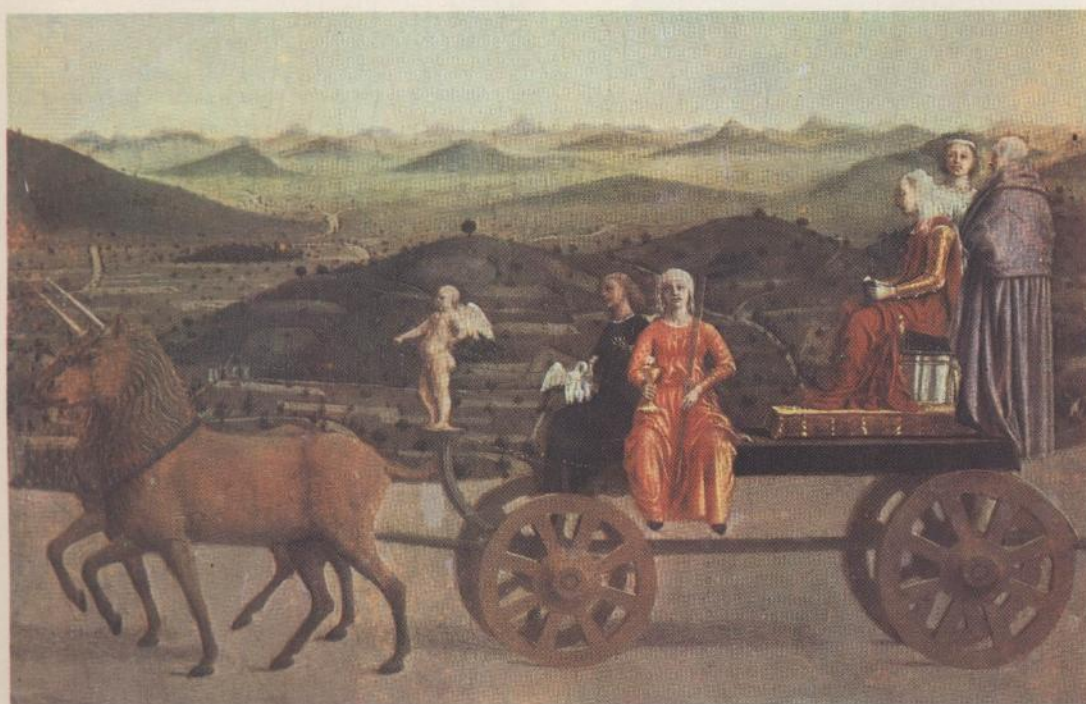
tica. Eneas Silvio Piccolomini (Pío II) elogia la sabiduría de los regidores de la democracia florentina que habían elegido siempre a los más grandes humanistas como cancilleres, subrayando el acierto de haber encargado misión tan delicada a especialistas que eran a la vez personas de gran prestigio.

La función política de Coluccio Salutati tuvo probablemente importancia decisiva en aquella renovación del saber iniciada por Petrarca. El Humanismo se afirmó en sus orígenes en el terreno de las artes del decir, de la lógica y de la retórica, y unido a éstas, de la moral y de la política. Que un admirador de Petrarca, embebido de cultura clásica, apasionado y afortunado descubridor de textos antiguos, llegara a ser canciller de una gran república, tuvo como consecuencia inmediata que las formas, y a través de ellas todos los modos de la vida política de un gran país, tomaran un sello original, al mismo tiempo que ligó estrechamente una corriente cultural poderosamente renovadora a una específica vocación civil.

Al estudiar la cultura florentina de finales del siglo XIV y principios del XV nos sorprende su vinculación, su *engagement* político: las "letras" se solidarizan siempre a una concepción del mundo, a una visión de la función del hombre considerado como ciudadano. Precisamente por aquel entonces la cultura florentina ejerce una especie de hegemonía en Italia y allende sus fronteras. En la guerra contra Gregorio XI, o en la lucha a muerte contra Gian Galeazzo Visconti, al que la tradición atribuye la frase de que las epístolas de Salutati eran más peligrosas que un

ejército entero, Salutati elabora la imagen de Florencia heredera de la antigua Roma republicana, baluarte de libertad, maestra e incitadora de la Roma moderna. En algunas de sus cartas oficiales, parece resonar el tono apasionado de Cola di Rienzo o de Petrarca, con la diferencia de que la misión de Roma es ahora asignada a Florencia. En nombre de la libertad, "aquel valor que por sí solo hace que la vida sea digna de ser vivida", Florencia se convierte en la patria ideal de todos los hombres, como lo había sido Atenas en la antigüedad. La elaboración de esta imagen, ligada a la propaganda para la difusión de nuevos estudios, fue decisiva para la historia del renacimiento del saber antiguo. Petrarca había muerto en 1374; desde 1375 a 1406, Salutati toma su puesto de guía de la intelectualidad italiana más abierta; investigador e ilustrador del saber latino, pregonero de la filosofía y de la poesía griega, maestro en todo, es a la vez uno de los artífices de la política exterior de Florencia, entonces una gran potencia. Vida política y vida del pensamiento aparecen felizmente unidas. Desde el principio, pues, el Humanismo, los *studia humanitatis*, están estrechamente ligados a la vida civil, los clásicos son educadores de un pueblo y alimentan una nueva práctica política. La voz de Coluccio Salutati anuncia una nueva etapa de la vida humana y, sin haber producido obras comparables a las de los grandes trecentistas tan amados por él, une inseparablemente el nombre de Florencia y el de su pueblo a la difusión de la cultura humanística.

H. P.



Triunfo de la duquesa de Urbino, acompañada por las Virtudes, por Piero della Francesca (Uffizi, Florencia).

rras entre Castilla y Portugal por si una princesa era de sangre real o espuria.

Para mantenerse y hasta justificar su posición, los príncipes y señores de la época habían de dar en grande, como en grande habían recibido. Los artistas debían crear siempre algo mejor para conquistar el derecho a la fama; los eruditos tenían que estudiar el pasado y superarlo. Empezaba el culto de los grandes hombres, y los más fáciles de imitar eran —¡cosa extraña!— los antiguos griegos y romanos. Sus historias estaban escritas en latín y griego; pero los textos clásicos presentaban infinidad de ejemplos de vidas verdaderas que eran los más accesibles, a pesar de ser remotos en la Historia. Los áridos textos medievales contenían noticias de hechos, pero no transmitían los detalles de la vida de los grandes hombres. En cambio, Cicerón, Livio, Séneca, Plutarco, daban retratos vivos de héroes que fueron ensalzados por la fama, y entraron en la lucha deliberadamente para obtener un triunfo que les diera esta inmortalidad, tan apetecida, que es la gloria. Y he aquí cómo, de manera indirecta, se llegó al Renacimiento, o resurrección de la mentalidad clásica; pretendiendo rehabilitar al hombre, se buscaron modelos en los antiguos, y se creyó dignificar a la humanidad rehabilitando la antigüedad.

Las monarquías del siglo XIV y sobre todo del XV fueron autoritarias. Cuando les convenía, los reyes convocaban Cortes o Parlamentos, pero eran asambleas sin facultad para proponer; sólo podían censurar a la corona o denegar los auxilios pecuniarios que pedía el monarca; éste, si le parecía bien, podía contraer deudas y obtener así los recursos que le eran negados. También empezó a usarse el término *razón de Estado*... y si el Estado entonces no era idéntico al mo-

marca, era ya por lo menos idéntico a la monarquía.

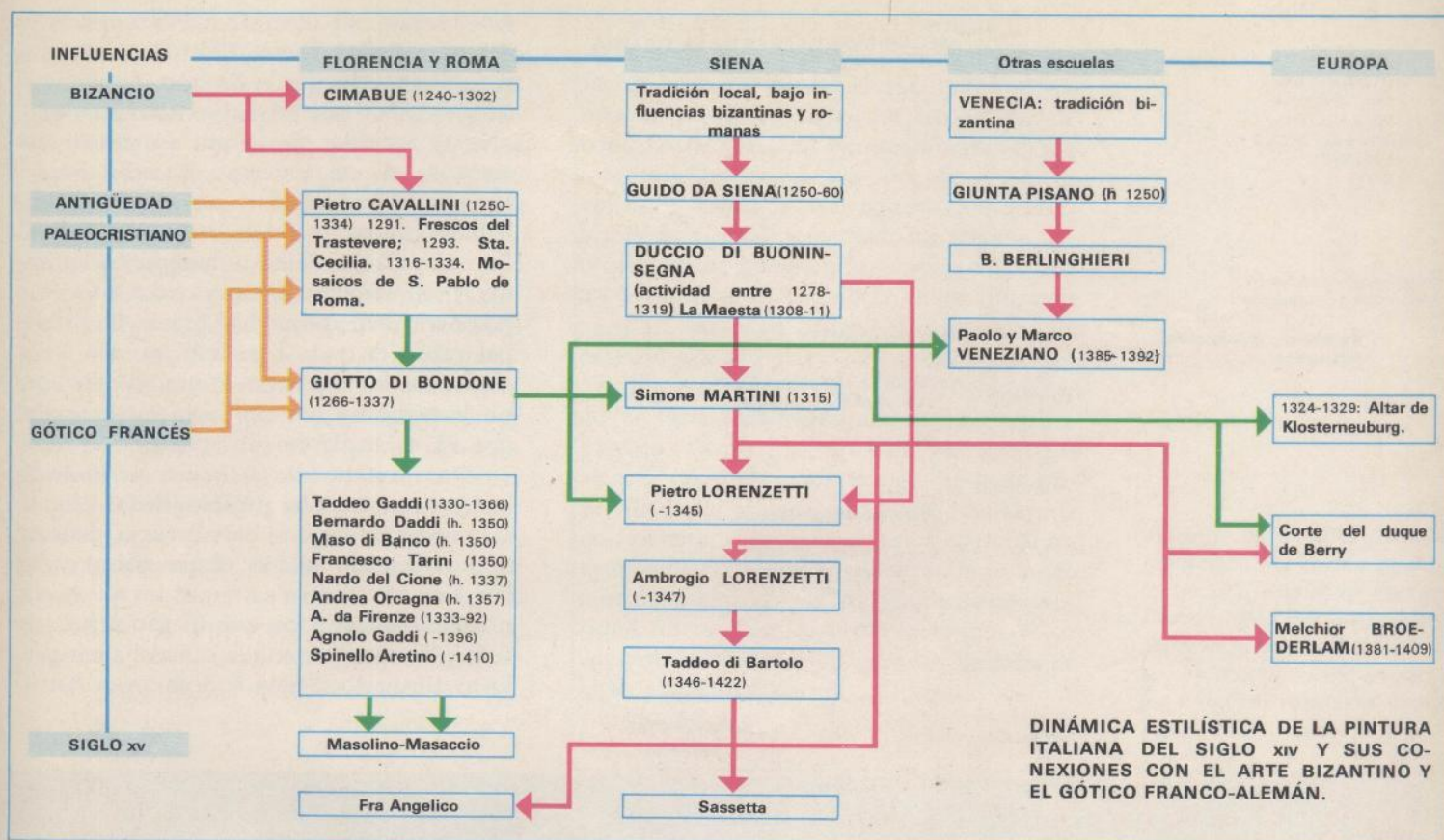
Al mismo tiempo, los reyes también se manifestaban como humanistas. Carlos V de Francia, después de comer, quería oír hablar de batallas y aventuras, de *nouvelles de toutes manières de pays*. Por la tarde le presentaban objetos exóticos, telas de oro, arneses de campaña... Leía las bellas historias de los *Dichos y hechos de los Romanos*, sentencias de los filósofos y libros de ciencias. "Y vivía de esta manera —dice su biógrafo—, no tanto por el gusto que él encontraba como para dar ejemplo a sus sucesores." Esto es, buscaba ya el premio de la fama. Gran constructor, Carlos V de Francia reformó el Louvre y los otros palacios reales. El inventario de su biblioteca incluye cinco ejemplares de Marco Polo, Ovidio, Lucano, Valerio Máximo, Livio, Josefo y Aristóteles, cuya *Política* tomó el rey como guía para su gobierno.

Los triunfos individuales se sublimaron como triunfos simbólicos del Amor y de la Muerte. Aparecían en cortejos y cabalgatas civiles, y sustituían a las procesiones medievales de clérigos llevando reliquias e imágenes de santos. Cada una de las Virtudes tuvo su carro triunfal, del que tiraban animales adecuados, con sus emblemas propios y cortejos de seguidores. La Fama iba arrastrada por caballos blancos; la Pureza tenía por corceles dos unicornios... Pronto aparecieron en tales cortejos los dioses del Olimpo, identificados con las virtudes humanas, los cuales bajaban a la tierra en carrozas algo infantiles. Aquello parecía un entretenimiento intelectual, como los torneos eran un entretenimiento caballeresco.

En ideas políticas, a mediados del siglo XIV, en Francia, aparecen los libros de Oresmes y Mézières. En ellos se discute ya el peligro de la tiranía. "Cuando los actos del

Soldados de una compañía italiana, representados en un fresco de Anduino da Forlì que narra la vida de san Cristóbal (Capella Ovetari, Padua). Obsérvese que el fondo figura una ciudad renacentista completamente ideal.



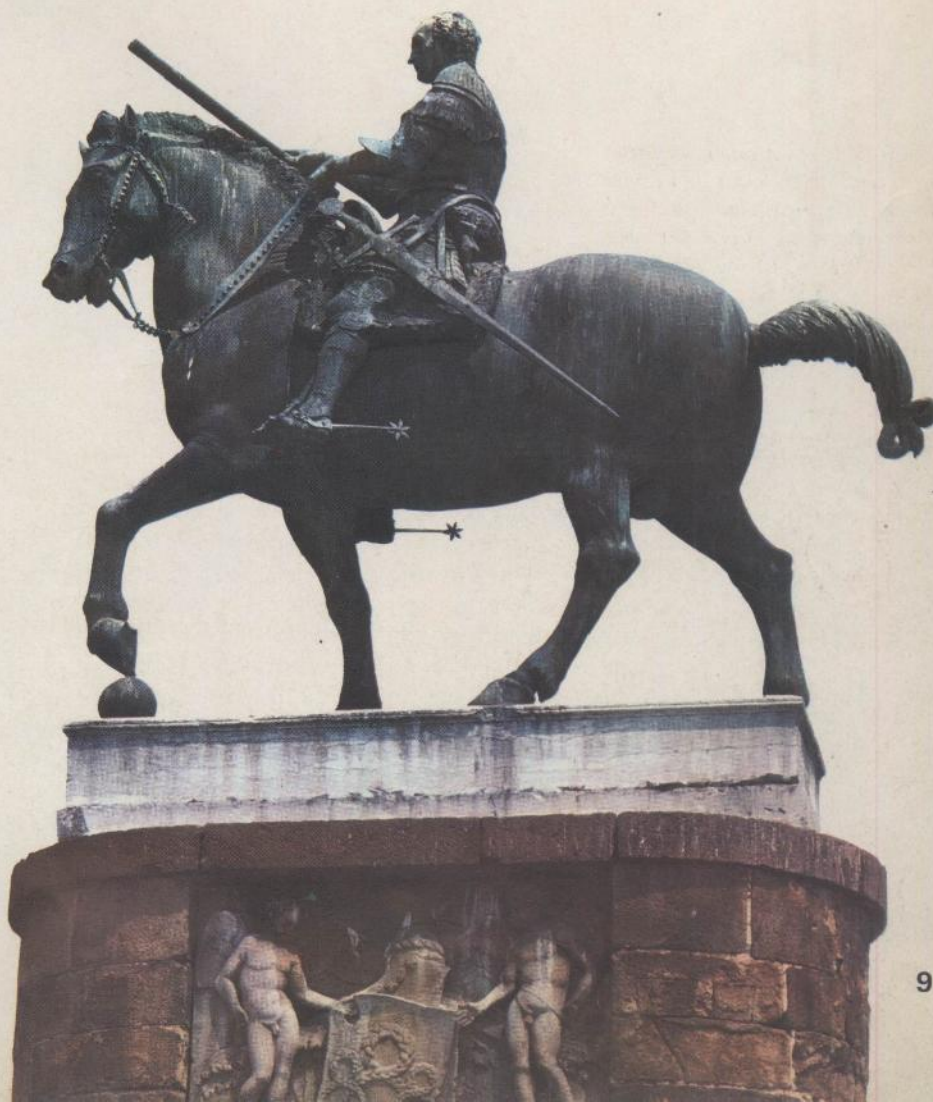


príncipe no procuran el bien común del pueblo, sino su provecho personal, debe llamársele tirano, porque no *señorea* justamente."

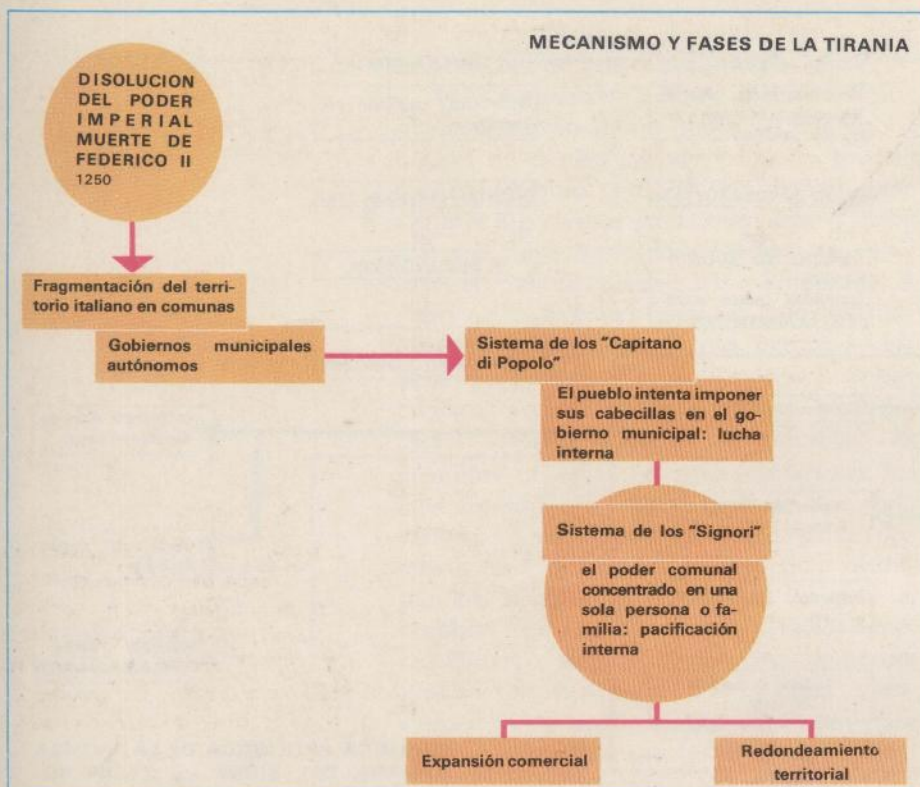
Pero donde los tiranos surgieron con más originalidad y atrevimiento fue en Italia. Los tiranos del siglo XIV, en Italia, eran aventureros que, con perseverancia y falta de escrúpulos, conservaban su hacienda, ciudad o provincia, valiéndose de las mismas artes o mañas empleadas para conquistarla. Algunos, una vez conquistada, la vendían a otro tirano vecino por unos cuantos millares de ducados, y acaso con este dinero levantaban un ejército para tomarla otra vez; pactos, tratados y promesas sólo se cumplían cuando ello redundaba en beneficio de ambas partes.

Los tiranos de la Italia del Renacimiento solían vivir rodeados de esbirros, que los admiraban por su audacia y los seguían por su munificencia. Sus dádivas y sus fortunas des-

Erasmus da Nardi, "il Gattamelata", "condottiere" que puso sus fuerzas al servicio del papa Martín V y después al de los venecianos. Donatello fundió para Padua su magnífica estatua ecuestre, costeada por el hijo del "condottiere".



MECANISMO Y FASES DE LA TIRANIA



lumbraban a las poblaciones, que, ante aquel espectáculo de prodigalidad, olvidaban los crímenes que habían facilitado el encumbramiento de sus señores. Se cuenta que uno de estos tiranos solía hacer su aparición solemne, sentado en el marco de una ventana de su palacio, como una figura revestida de oropel y galas. Sus vasallos miraban tal ostentación con paciencia, pues sabían que, si la criticaban, el tiranuelo podía doblegarlos con ejecuciones y castigos. Algunos tiranos se alababan de haber inventado nuevos métodos de tortura y se transmitían como secretos de familia las fórmulas de sus infalibles venenos. Todo era permitido, y hasta apreciado, porque estos excesos eran una manifestación de fuerte personalidad.

La defensa de la tiranía fue hecha más tarde por Maquiavelo en *El Príncipe*, pero ya en el siglo XIV empezó a teorizarse acerca de la forma de gobierno personal. Un cultísimo humanista de Florencia, Coluccio Salutati, hacia el año 1370 escribió casi una apología del *Tirano*. Coluccio, que era un funcionario de la República florentina, no aprobaba empero la tiranía cuando el tirano era *superbo* y gobernaba injustamente; pero no insistía en exigir que fuese elegido por el pueblo o poseyera el poder por haberlo heredado de sus mayores. Por ejemplo, absolvía a César de su ambición, y aprobaba que Dante hubiese colocado a Bruto y Casio, los asesinos de César, en lo más profundo

del infierno. El libro de Salutati está lleno de improperios contra Cicerón porque era republicano. Le dice a Cicerón, a quien tanto admira: "¿Por qué me hablas así, Cicerón?... ¿No te acuerdas de lo que tú mismo has escrito?... Si en tu tiempo, Cicerón, hubieses tenido un verdadero príncipe, no habría habido guerra civil ni desórdenes en Roma". En una palabra, Salutati desaprueba la tiranía, pero admira a César y critica a Cicerón por no haber apoyado al tirano. Su principal razón es que, si no hubiera sido César el tirano, hubiese sido Pompeyo. He aquí un humanismo del que bien puede decirse que ya es cesarismo sin ambages.

Otro tratado, *De la Tiranía*, escrito hacia el 1357 por Bartolo, profesor de Derecho en las universidades de Pisa y Perugia, define al tirano diciendo que es el que gobierna sin ley. Hay tres clases de tiranos: los que lo son manifestamente; los que niegan serlo y lo son, y los que lo son a la callada, sin negarlo ni afirmarlo. Según la opinión de Barto-



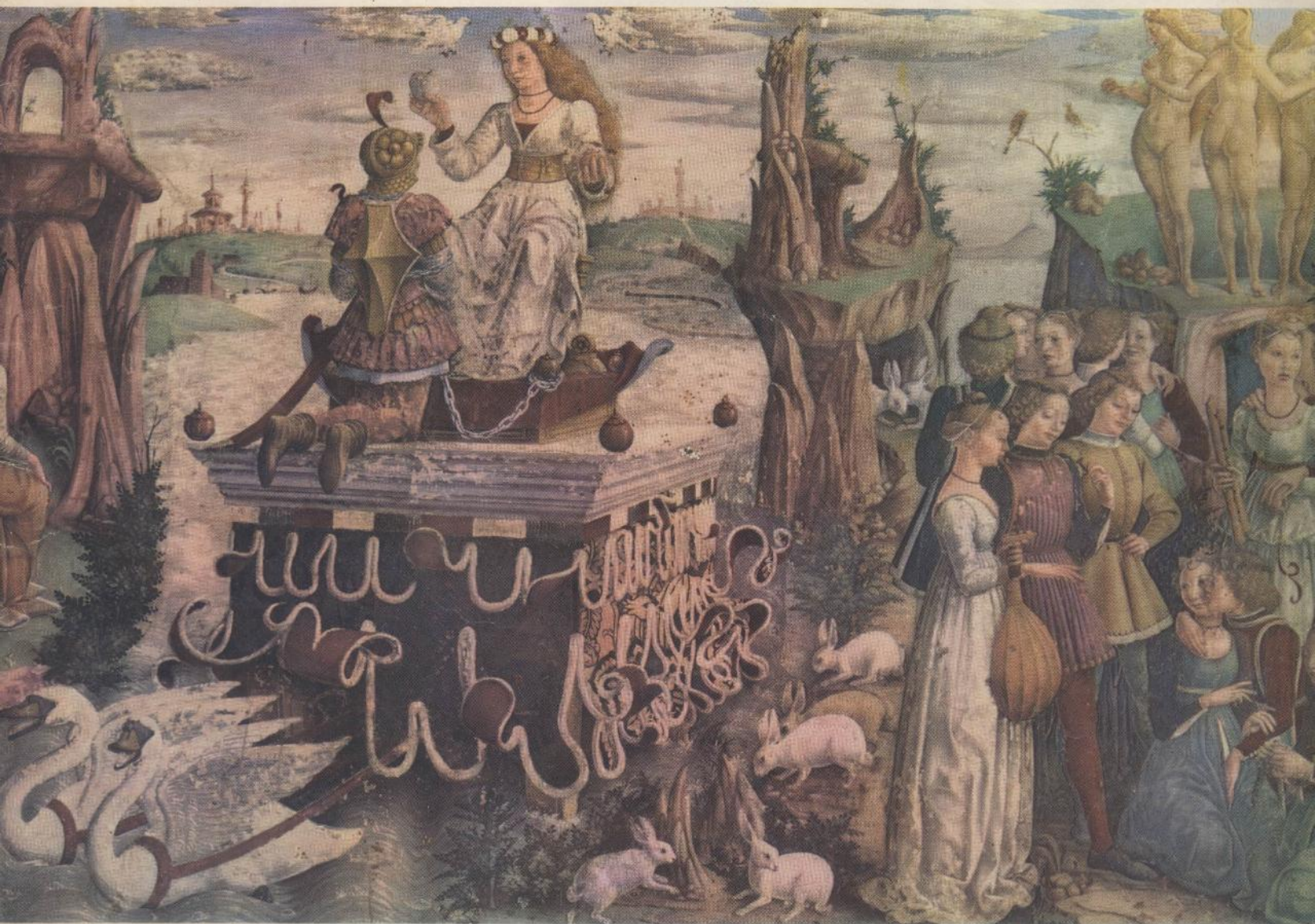
lo, empréstitos, contratos y tratados firmados por los tiranos no obligan en absoluto a los pueblos al cesar la tiranía. Los tiranos que lo son veladamente, son los que hoy en día llamamos *caciques*, o jefes políticos, y Bartolo dice que son los que más abundan, "porque si es casi imposible encontrar un individuo sin defectos, es también raro encontrar un gobierno sin tiranías".

Los tiranos trataban de transmitir el poder a sus hijos, lo cual estaba casi en contradicción con los principios mismos del régimen. ¿Cómo podía pretender que se reconociera la autoridad hereditaria quien había empezado por forzar el acceso al poder con sólo el derecho del más fuerte? Generalmente, la vida familiar de los tiranos era irregular; algunas veces preferían los bastardos a sus hijos legítimos. De ahí se originaban ocasiones de luchas y guerras. A la amiga la hacían cantar por sus poetas áulicos y la enterraban en magníficos y ricos mausoleos.

La obsesión por evitar la tiranía aparece

en las *Ordenanzas* que dio el cardenal Gil de Albornoz a los territorios pontificios de Italia. Fueron publicadas el año 1357 y sirvieron para la gobernación de los estados del papa hasta 1816. Su extraordinaria eficacia exige que prestemos un poco de atención a estas *Ordenanzas* y a su autor. Como arzobispo de Toledo y primado de España, Albornoz había intervenido en campañas contra los moros de Andalucía. A los cincuenta años de su edad, retirado en Aviñón, fue enviado por el papa a Italia para acabar con los que en Roma y en el resto de las tierras de la Iglesia se habían rebelado contra el papado. Cruzó los Alpes en 1353, armado sólo de una bula papal y seguido de un tropel de gente armada que no podía llamarse un ejército, apoyándose en unos cuantos tiranuelos cuyo título legalizó y aniquilando a otros que no quisieron reconocer su autoridad. Es también digno de nota que, al ser acusado de haberse apropiado caudales en lugar de rendir cuentas, Albornoz envió al

Triunfo de Venus, fresco de Francisco del Cossa en el palacio Schifanoia, de Ferrara. Los triunfos del Amor y de la Muerte fueron la sublimación de los triunfos individuales de los hombres renacentistas del siglo XIV.





Bartolomeo Colleoni (Colección Gioviana, Florencia), "condottiere" italiano que estuvo al servicio del rey de Nápoles, de los Sforzas, de Venecia, de Milán y otra vez de Venecia.

papa, a Aviñón, una carreta cargada de llaves, diciéndole que no podía presentar mejores comprobantes del empleo de fondos que las llaves de las ciudades que había conquistado. Una baladronada que prueba claramente que el cardenal Albornoz se hallaba también contaminado de humanismo, lo mismo que los tiranos a quienes combatía con tanto ardor.

El régimen político impuesto por Albornoz en los territorios pontificios está lleno de previsiones para evitar que se levanten nuevos tiranos. Dividió el Estado en varias provincias, cada una regida por un rector, nombrado por el soberano, que en su caso era el papa. Los rectores elegían siete jueces, que venían a formar un consejo, análogo al de las futuras Audiencias de los virreinos españoles de América. Cada juez percibía un sueldo anual de cien ducados, y por ningún concepto podían ser ciudadanos o habitantes de la provincia, para que no pudieran hallarse interesados en los negocios que habrían de resolver. El texto original de la Constitución de los Estados Unidos establece una restricción semejante al prohibir que los senadores sean ciudadanos de los estados que van a representar en el Congreso. El rector es también el que elige al mariscal, pero en ningún caso podía elegir a uno de



San Francisco honrado por sus conciudadanos; fresco de Giotto en la basílica superior de Asís. Este pintor cuatrocentista italiano fue el primero en abandonar los modelos bizantinos y copiar del natural, al paso que creaba una iconografía nueva, relativa a la vida de san Francisco.

sus parientes. La hueste armada del mariscal nunca puede exceder de 200 hombres de a caballo. Los cargos eran por pocos meses, para que los funcionarios, pasando de una a otra provincia, uniformasen la administración y para que no entraran en deseos de gobernar tiránicamente.

En las *Ordenanzas* de Albornoz hallamos lo que se llama *sindicación*, la primera idea de las famosas *residencias* de las leyes españolas de Indias. He aquí el párrafo de estas *Ordenanzas* referentes a la sindicación: "Ordenamos que tanto los jueces como los mariscales, al acabar sus servicios, comparezcan en persona delante del rector y allí den cuenta cabal de lo que han hecho durante su oficio. Deberán contestar a los cargos que se les hagan y darán cumplida explicación de sus relaciones con individuos, comunidades y el gobierno. El tiempo que deben emplear en defenderse será proporcionado a la duración de sus servicios: si fue de seis meses será de diez días; si de un año, quince días, y si más de un año, veinte días. El oficial cuyo cargo va a cesar deberá anunciarlo al tesorero del rector con un mes de anticipación, para que éste pueda notificarlo a todas las partes interesadas con ocho días de tiempo, y enviar éstas representantes o síndicos que puedan tomar parte en la acusación".

En las *Ordenanzas* de Albornoz se faculta al rector de la provincia para convocar una asamblea de notables; pero ésta no tenía ni carácter representativo ni autoridad legislativa. La misma falta de Parlamento encontramos en las Indias españolas, donde el virrey era otro rector.

Que la tiranía o el poder absoluto era inevitable en el siglo XIV, lo prueba el episodio de Cola di Rienzo, quien años antes había pretendido restaurar el poder de Roma desde Roma, esto es, haciendo otra vez a Roma cabeza del Imperio. ¿Pero con quién: con el papa o con el emperador? Nunca lo puso en claro. Con todo, Rienzo deseaba algo más que su propio engrandecimiento. Era romano, de origen plebeyo, pero había estudiado y llegado a ser notario, sentía un amor intenso y verdadero por la vieja Roma, había explorado cuidadosamente sus ruinas y hasta llegó a hacer una primera colección de copias de las inscripciones de sus numerosos monumentos. Llevado por su humanismo romántico, logró instaurar su tiranía en la urbe, aunque tomando el clásico título

MILAN Y VERONA EN EL SIGLO XIV: LOS VISCONTI Y LOS SCALIGERO

1302 El güelfo Guido de la Torre expulsa de Milán a Matteo Visconti, vicario imperial.

1304 Alboino della Scala es nombrado "capitano" del pueblo veronés.

1307 Guido, nombrado "capitano" del pueblo milanés.

1308 Guido, "capitano" vitalicio. Fase de expansión: dominio de Plasencia.

1311 El emperador Enrique VII restaura a los Visconti.

Cangrande, hermano de Alboino, le sucede como "capitano" y es nombrado vicario imperial. Domina Vicenza, Padua y Brescia.

1320 Galeazzo, hijo de Matteo, es nombrado vicario imperial. Extiende la soberanía a Cremona.

1329 Azzon, hijo de Galeazzo, es señor de Milán. Domina Vercelli.

Lucca y Giovanni, tíos de Azzon, le suceden. Extensión hasta Génova y Bolonia.

1329 Mastino II, dueño de Verona. Ocupación de Treviso.

1354 Partición del estado milanés entre los hijos de Stefano, cuarto hijo de Matteo.

1387 Gian Galeazzo se hace con el poder.

1387 Antonio della Scala, nieto de Mastino, es expulsado de Verona por Gian Galeazzo.



Cangrande della Scala
(Colección Gioviana, Florencia).

CONDOTTIERI Y COMPAÑÍAS DE VENTURA

Al principio de su existencia, los Comunes proveían a sus operaciones militares defensivas y ofensivas mediante la llamada a las armas de sus propios ciudadanos, agrupados según los barrios de la ciudad y reunidos bajo el mando de los magistrados comunales.

Esta milicia ciudadana era completamente voluntaria y tanto el armamento como la propia manutención corrían a cargo de sus miembros (algo parecido al "somatén" catalán). Estaba formada por caballeros bien armados e infantes con armamento ligero, que eran los que predominaban, puesto que la milicia a caballo, además de ser más costosa, era propia de los feudatarios, que sólo en parte dependían de la ciudad. No hay que olvidar que la llamada a las armas perjudicaba a los ciudadanos, que debían descuidar sus propios asuntos, es decir, que esta milicia comunal, mal adiestrada, ocasional e insuficientemente armada, no se prestaba a guerras largas y difíciles, y aún más cuando la milicia a caballo se fue perfeccionando y armando en modo tal, que los infantes no estuvieron ya en condiciones de oponerle resistencia alguna.

Pronto, pues, los Comunes tuvieron que recurrir a soldados mercenarios, dirigidos por señores feudales movidos por un afán de lucro o por el ansia de aventura. En un principio se trataba de hombres reclutados separadamente o en pequeñas compañías, contratados únicamente cuando la ocasión lo requiriera. A veces, los *podestà* forasteros o los capitanes, también forasteros, llegaban a la ciudad que los había contratado con una pequeña tropa de mercenarios a sus órdenes. Poco a poco, y mientras los ciudadanos cesaron casi por completo de prestar sus servicios, los mercenarios fueron formando compañías cada vez mayores bajo la dirección

de un jefe que, con todos sus hombres, se ponía en *condotta* (contrato) al servicio de una ciudad; de ahí el nombre de *condottiero*. Estas grandes milicias que se trasladaban de un lugar a otro de Italia o de un país a otro fueron llamadas Compañías de ventura.

Con su compañía, creada frecuentemente con la ayuda financiera de algún banquero o mercader, los capitanes de ventura se vendían al mejor postor, así que generalmente traicionaban sin ningún escrúpulo a quien los había contratado, pasándose al enemigo siempre que éste les ofreciera una suma mayor. Avidas de botín, a veces mal pagadas o casi siempre pagadas con retraso, compuestas en buena parte de los desechos de la sociedad, gente feroz y sin escrúpulos, sin ningún lazo moral con los países que atravesaban, es natural que estas compañías fuesen un verdadero azote para éstos: saqueos, violaciones, estragos de todo género, jalaban su paso. En los grandes estados, por ejemplo, en Francia, fueron pronto contenidas y eliminadas; pero en Italia, dividida en gran número de estados mayores, menores y mínimos, en perpetua guerra entre sí, se impusieron y se convirtieron en una especie de estados errantes y devastadores.

Los pueblos más pobres de la Europa de entonces (suizos, gascones, ingleses y alemanes) encontraron en el ejercicio de las armas una fuente de ganancias y fueron los primeros en proveer de material humano a las Compañías de ventura. En Italia, durante mucho tiempo las Compañías estuvieron formadas casi exclusivamente por gente extranjera y mandadas casi siempre por capitanes también extranjeros. Famosos fueron: Guarnieri de Urslingen, un duque alemán que llevaba escrito en letras de plata sobre la coraza

"Enemigo de Dios, de piedad y de misericordia" y que fue jefe de la "Gran Compañía", o el ex templario provenzal Jean de Montréal, Fra Moriale, o el más conocido John Hawkwood, el Agudo, de nivel moral muy superior al de los demás.

La primera Compañía de ventura italiana, la Compañía de San Jorge, estaba mandada por Alberico de Barbiano y en ella se formaron otros grandes *condottieri*: Braccio de Montone, llamado Fortebraccio, y Muzio Attendolo Sforza, que a su vez crearon escuela, la *braccasca* y la *sforzesca*, pues fueron verdaderos maestros en el arte de la guerra, tanto en táctica como en estrategia.

Los mayores *condottieri* se presentan, ya lo hemos dicho, como verdaderas potencias militares; están en situación de ambicionar no sólo mayores honores (una estatua ecuestre como la de Colleoni o la del Gattamelata no les bastaba), sino incluso el dominio político personal, la señoría, el título de príncipe. Alguno de estos aventureros se convierte en verdadero hombre de estado: el hijo de Muzio Attendolo Sforza, Francesco, hombre extraordinario, llega a duque de Milán en 1450, por aclamación popular.

Las rivalidades y ambiciones de los *condottieri*, sus éxitos seguidos de rápidas caídas, llenan la historia italiana de finales del siglo XIV y principios del XV, constituyendo uno de sus aspectos más característicos. Pero el cinismo, la falta de escrúpulos, la volubilidad de estos hombres, que se hace evidente en las continuas traiciones, chantajes y robos, revelan aquella sustancial debilidad de los estados italianos que los desastrosos acontecimientos de los primeros decenios del siglo XVI pondrán de relieve.

H. P.

El cardenal Gil de Albornoz recibe las llaves de las ciudades sometidas (miniatura del "Registrum Recognitionum", Archivo Secreto Vaticano). El pacificador de Italia preparó la vuelta del papado a la ciudad de Roma.





de tribuno. Se firmaba: *Nicolás, severo y clemente tribuno de la paz, justicia y libertad, defensor de la Sacra República Romana.*

Después de haberse hecho fuerte en Roma, Cola di Rienzo invitó a los otros tiranos y gobiernos de Italia a confederarse y constituir la unidad italiana, bajo los auspicios de Roma, *caput mundi*. Rienzo encontró para esta prematura restauración histórica tales simpatías, que demostraban que el terreno por lo menos estaba bien preparado. Por ejemplo, Petrarca, que seguía con gran interés desde Aviñón la aventura de Cola di Rienzo, le escribió en esta ocasión una carta que no puede ser más entusiasta. Empieza así: "Me propongo escribiros cada día, no porque crea tener derecho a que me contéis, siendo vuestras ocupaciones tantas y

tan varias..." "Yo veo claramente que estáis colocado en un pináculo, expuesto a todas las críticas, no sólo de los italianos, sino de toda la raza humana, y no sólo de los que viven ahora, sino también de las generaciones futuras. Comprendo que habéis tomado una espléndida y honrosa responsabilidad, y que estáis ocupado en una tarea inaudita y gloriosa. La posteridad os recordará perpetuamente. Habláis con firmeza inmovible desde la roca capitolina. Al rumor de que ha llegado una carta vuestra, la gente se reúne con más interés que si hablara el oráculo de Delfos... Las gentes no saben qué admirar más, si vuestras palabras o vuestras acciones; por el amor a la libertad os parecéis a Bruto, pero por la elocuencia, a Cicerón", etc. Petrarca, que escribía esta carta

Monumento en Roma a Cola di Rienzo, el tribuno que quiso restaurar la Roma clásica. Hecho prisionero y condenado a muerte, se le perdonó la vida. Acompañó al cardinal Albornoz en su expedición a Roma, donde fue reinstaurado con el título de senador y murió asesinado en un motín.

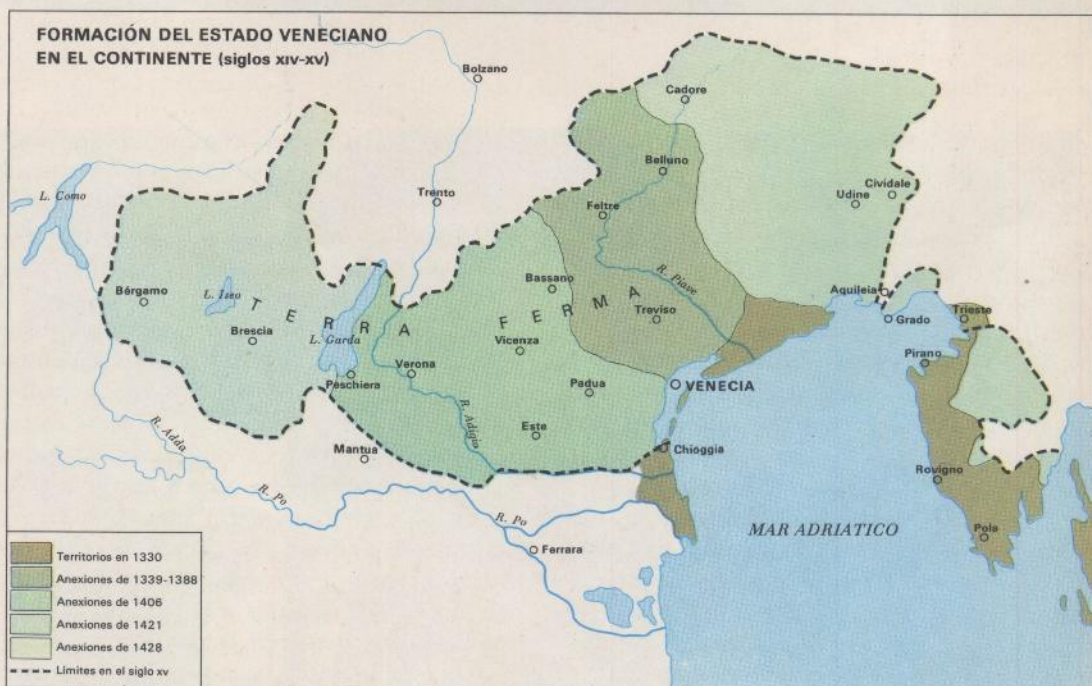


*Galeazzo Maria Sforza,
por Antonio del Pollaiuolo
(Galeria de los Uffizi, Florencia).
Este duque de Milán (1444-1476)
se caracterizó por lo tiránico
de su gobierno; murió asesinado.*

desde la corte pontificia de Aviñón, no deja de recordar a Rienzo que debe restaurar la majestad de la vieja Roma, pero sin dejar de prestar el debido acatamiento al papa, pontífice romano. En cambio, Cola di Rienzo quería llamar a Roma a los príncipes candidatos al Imperio, y allí, después de oírlos, decidir él, Cola di Rienzo, cuál era el que tenía mejores títulos para ceñir la corona imperial.

Por algún tiempo, Cola di Rienzo deslumbró a las gentes con sus restauraciones de la Roma pagana; pero pronto se encontró rodeado de descontentos. Fue excomulgado y tuvo que escapar a Nápoles y después a Bohemia, donde residía un emperador débil y vacilante; éste, en lugar de descender a Italia y rescatar a Roma, como le proponía Rienzo, permitió que el arzobispo de Praga encarcelara al tribuno y después lo enviara a Aviñón, para que fuese juzgado por el papa. La sentencia de un tribunal de cardenales fue de pena capital, pero no se cumplió, pues intercedieron Petrarca, el emperador Carlos IV y el propio arzobispo de Praga. En el año de 1354 Rienzo volvió a Italia con el séquito del cardenal Albornoz, quien le reinstauró en Roma, si bien esta vez con el

La talasocracia veneciana, basada en el dominio de puntos claves en la ruta marítima del Mediterráneo oriental, crea en los siglos XIV y XV un estado continental entre los Alpes y el Po que compensará —en parte— el avance turco en Oriente. La concentración de territorios es fenómeno general en Italia en esta época y se realiza en provecho de Venecia, el papa, Milán, Saboya y Florencia principalmente. Los frecuentes conflictos italianos tienen como objetivo fundamental el redondeamiento territorial.





título de senador. Su segundo gobierno fue de una duración mucho más corta que el primero y murió asesinado en un motín.

Pero nada explicará tan bien qué es el humanismo de la Italia del siglo XIV como una breve exposición de la vida y las ideas de Francesco Petrarca. El padre y el abuelo de Petrarca eran florentinos y fueron expulsados de su patria por el mismo bando que obligó a Dante a emigrar. Petrarca recordaba haberle visto en su casa del destierro, pero dice que Dante era más joven que su abuelo y más viejo que su padre, y, por tanto, difícilmente pudo fraternizar con ninguno de los dos. Pese a la comunidad de gustos y desventuras del Dante con sus progenitores, sorprende que Petrarca no leyera *La Divina Comedia* hasta que, ya casi viejo, su amigo Boccaccio le mandó, desde Florencia, un manuscrito del poema del Dante, precedido de una epístola preliminar en verso.

En su respuesta a Boccaccio, dice Petrarca que, habiendo deseado siempre poseer libros de todas clases, “había sentido una extraña indiferencia, completamente ajena a su modo de ser, por este libro que no le era difícil procurarse”. Petrarca añade que nada se había escrito en lengua vulgar que superase a este monumento de la literatura universal que es *La Divina Comedia*. Reconocía la superioridad de Dante por sus escritos en lengua vulgar, pero encontraba el latín de éste más que deficiente, crimen imperdonable para un humanista como Petrarca.

En realidad, encontramos en la indiferencia de Petrarca por Dante el recelo que inspira, en una época de renovación, la apoteosis de un tiempo pasado.

El contraste entre Dante y Petrarca señala ya el salto que dio la humanidad en cosa de cincuenta años; porque *La Divina Comedia* fue escrita después del 1300, y Petrarca

Escuela de justadores (miniatura del manuscrito 9.017, folio 240, de la Biblioteca Real de Bruselas). Las cortes, tanto de grandes reyes como de pequeños príncipes, organizaban magnos torneos o justas para diversión de una sociedad cada vez más refinada.

Ludovico Sforza, el Moro, de Milán. Gobernador en nombre de su sobrino Gian Galeazzo, le suplantó finalmente. Se alió a Carlos VIII de Francia y le abandonó después para entrar en la liga de Venecia. Luis XIII le atacó y Ludovico se refugió en Alemania. Allí reunió un ejército de mercenarios con los que intentó recuperar Milán. Entregado por sus soldados a Francia, murió encerrado en un castillo de este país.



formuló sus juicios acerca de Dante medio siglo más tarde. Continuando la historia de Petrarca, diremos que su padre, desterrado, se trasladó a Aviñón y allí pasó él sus primeros años. En su autobiografía llamada *Carta a la posteridad*, Petrarca refiere:

“En la ventosa Aviñón y en Carpentras pasé cuatro años aprendiendo gramática, lógica y retórica, tanto como mi edad lo permitía, y tanto como estas disciplinas se enseñaban en las escuelas; ya sabrá el lector cuán poco era. Después marché a Montpellier para estudiar leyes, pasando allí cuatro años, y tres en la universidad de Bolonia. Aprendí algo de Derecho romano, y creo que hubiera sido un abogado distinguido si hubiese continuado los estudios; pero me pareció penoso esforzarme en aprender un arte como el Derecho, que no podría practicar honestamente. Porque si hubiese inten-



tado ser un abogado escrupuloso, ciertamente me hubieran tomado por idiota..." De manera que, según su propia afirmación, Petrarca regresó a Aviñón, a la edad de veintidós años, sin haber terminado sus estudios.

Sin embargo, aquel mal estudiante, con la protección de la familia Colonna, continuó su educación viajando. El primer paisaje que le impresionó profundamente fue un valle del Pirineo, donde pasó un verano con sus protectores. Fue un verano de juventud, en compañía de personas cultas, que Petrarca, en su vejez, dice que no puede recordar "sin que se le escape un suspiro". Después visitó a París, el Rin y Colonia, donde buscó las ruinas de la antigua ciudad romana; por fin, Italia y Roma. Acabada su formación intelectual, se retiró a un lugar llamado la Vaucluse, a quince millas de Aviñón, donde compró una pequeña hacienda y vivió en

la soledad, leyendo los clásicos y cultivando su jardín. Allí escribió la mayoría de sus canciones y concibió el proyecto de un gran poema en latín: *Africa*, tomando por asunto las campañas de Escipión.

Sus poesías, y sobre todo sus cartas y ensayos, habían circulado con tanto éxito, que en 1340, cuando Petrarca tenía sólo treinta y seis años, recibió, en un mismo día, dos invitaciones, una de la universidad de París y otra de la sombra de Senado que todavía subsistía en Roma, para coronarle como poeta laureado. Decidióse por Roma; la ceremonia de su coronación, en el imperial Capitolio, fue objeto de otra de sus famosísimas cartas.

Desde este momento, Petrarca es el personaje más admirado de Europa entera. Pero es una gloria innegable de Petrarca el no haber experimentado envanecimiento, ab-

Carlos V de Francia (miniatura del ms. Cotton Tiberius B. VIII, fol. 66; British Museum, Londres) en la ceremonia de su coronación. Este rey fue, junto con otros soberanos europeos, personaje digno de recibir un sobre-nombre que patentizara sus cualidades humanas.

SEÑORÍAS Y PRINCIPADOS

Para comprender la aparición del régimen señorial hemos de prestar antes atención a las crisis de los "Comunes", ciudades libres, herederas de la *polis* griega o la *civitas* latina.

Es evidente que las instituciones de un país, dividido a lo largo de casi toda su historia, como es el caso de Italia, no pueden ser caracterizados brevemente. Tendremos que generalizar, aun cuando sepamos que no existe un tipo único de Común ni tampoco de señoría.

Los elementos que constituían el Común se mantuvieron en una situación de equilibrio mientras éste fue de tipo consular, es decir, regido por magistrados representantes del pueblo, elegidos por éste, por periodos breves que nunca excedían de un año.

Por distintos motivos (la brevedad de la duración de los cargos, el que sólo una élite pudiera acceder a ellos, etc.), este equilibrio vacila, y es entonces cuando, para hacer frente a la inestabilidad, se recurre al nombramiento de un *podes-tà*, casi siempre forastero, que predominará sobre los demás miembros del gobierno, aun cuando sea solamente una especie de árbitro ejecutor de las deliberaciones del consejo y responsable del cumplimiento de los estatutos ciudadanos.

Pero llega un momento en que la ruptura del equilibrio es inevitable y empieza el proceso de adaptación a la constitución del régimen señorial. La alta burguesía, que se cree mal representada, presiona por medio de sus asociaciones: las artes mayores; el pueblo, igualmente inquieto, hace lo mismo a través de las artes medias y menores. Entonces el *podes-tà* u otro magistrado ciudadano (el capitán del pueblo o el titular de una dignidad análoga representante de la parte popular) convierte su cargo temporal en vitalicio; también puede ocurrir que, en las luchas entre facciones de un mismo Común, la vencedora proclame señor a su jefe, o bien que tal situación de rivalidad obligue a los ciudadanos a elegir como señor a alguien que esté por encima de tales facciones. La asamblea del pueblo tenía siempre que ratificar el hecho, es decir, que el principio sobre el que se basaba la señoría no era distinto del de los Comunes: con-

sentimiento y voluntad del pueblo. Naturalmente, bastaba en estos casos la sumaria aclamación de la asamblea general, convocada bajo la presión de la facción vencedora, con lo cual esta ratificación era pura comedia.

El señor, una vez conseguida su elección vitalicia, trata generalmente de convertir el cargo en hereditario, destruyéndose con tal limitación el proceso de desarrollo y educación política emprendido por los Comunes.

En aquellos Comunes en que no existía una organización corporativa fuerte, donde los intereses de la clase media no estaban organizados, por ejemplo, Ferrara, la que será luego cuna de la espléndida literatura épica renacentista, el paso de Común a señoría no se ve ensombrecido por contrastes de tipo social, como sucede en Florencia, donde la lucha política es una lucha de intereses de clases. Recuérdese la revolución de los Ciompi (cardadores de lana) en 1378, momento en verdad de crisis general: 1358, Jacquerie en Francia; 1381, Lollardi en Inglaterra. Los Ciompi, capitaneados por Miguel de Lando, un cardador, logran instaurar durante cuatro años, hasta 1382, una especie de dictadura popular al incorporar a las veintiuna artes existentes y participantes en el gobierno de Florencia, tres artes más, llamadas "del pueblo de Dios".

Esta transformación, que se inicia a mediados del siglo XIII en la Italia septentrional con la señoría de los Visconti en Milán, va extendiéndose a lo largo del siglo XIV hacia la Italia central, donde aparentemente no ataca las estructuras comunales ni la libertad popular. En general, y sobre todo en las llamadas criptoseñorías, como la de Cosme de Médicis en Florencia, instituciones y magistraturas republicanas se mantienen por un periodo más o menos largo, pero se van vaciando de contenido, pierden su autonomía; el poder señorial en su fundamento efectivo y en su funcionamiento fue, pues, monárquico y absoluto.

Junto con la concentración y absolutismo del poder, la señoría se caracteriza, aun cuando haya surgido como consecuencia de la victoria de una facción sobre

las demás, por la eliminación del gobierno de partido y por la tendencia a anular las diferencias de clase. La más perjudicada es la nobleza, mientras la alta burguesía, aunque pierde libertad y la participación en el gobierno, encuentra en la señoría la seguridad y la tranquilidad social que tanto convienen a sus intereses mercantiles. El pueblo, que en el Común no participaba o participaba muy escasamente en el gobierno, encuentra ahora algún beneficio en la señoría, a la que respalda, siendo el apoyo que ésta necesita para atajar el descontento, las agitaciones y conjuras de ciertas grandes familias apartadas de la señoría. Cuando el 26 de abril de 1478, en Santa María del Fiore, la catedral de Florencia, y en el momento de la elevación, los esbirros de la familia Pazzi, coligada, bajo la protección del papa Sixto IV, a otros enemigos de los Médicis, apuñalaron a Giuliano y Lorenzo de Médicis, causando la muerte del primero e hiriendo levemente a Lorenzo, el pueblo de Florencia reaccionó de manera violentísima y al grito de: "*Palle, palle*" ("bolas, bolas", alusión al escudo de los Médicis), aniquiló a los conjurados, que habían esperado, por el contrario, cooperación o como mínimo pasividad. Represiones y venganzas sangrientas coronaron el fracasado intento, que hizo a Lorenzo señor aún más absoluto de Florencia.

También las ciudades menores y los burgos sometidos a las ciudades principales encontraron ventajas en la transformación del gobierno de éstas de comunal a señorial. Del estado comunal, que coincidía con la ciudad, se llega al estado regional, con sede en la ciudad principal, pero que, sin identificarse con el gobierno de ésta, es algo común a todo el territorio.

La señoría, que se transforma en principado con la concesión a los vicarios imperiales o pontificios (el emperador o el papa, si la ciudad estaba en el estado de la Iglesia, ratificaban la elección de los señores, haciéndolos sus vicarios) de un título nobiliario, es el primer paso hacia el estado moderno, tanto por la extensión como por la organización del gobierno.

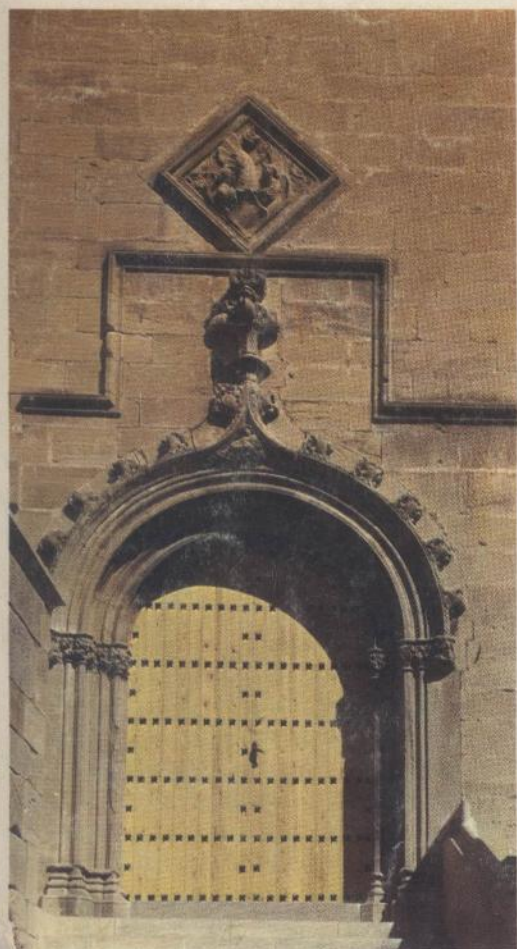
H. P.

Helena Puigdomènech

sorto enteramente en sus estudios y sus escritos. Estuvo por encima del común de las gentes; fue otro caso de personalidad extrema y superior; no tiranizó a nadie, y llegó hasta a olvidarse de sus contemporáneos, viviendo independiente en un mundo ideal, poblado de griegos y romanos, a quienes escribía cartas como si pudiesen contestarle a vuelta de correo.

He aquí la carta que escribió a Homero, al recibir una traducción de *La Iliada* en latín:

"No tuve la fortuna de aprender el griego, y la traducción latina que de vuestros poemas hicieron los romanos se ha perdido, por negligencia de sus sucesores... Para comunicarme con vos he tenido que esperar más tiempo del que Penélope esperó a Ulises.



Puerta del palacio del rey Martín de Aragón en el monasterio de Santa María de Poblet (Tarragona). Este rey ha recibido de la historia el dictado de "el Humano".

Casi había perdido ya toda esperanza". En esta fantástica epístola, Petrarca se queja a Homero de vivir rodeado de bárbaros (por tales tiene a los que no son italianos o romanos). "Quisiera que estuviésemos separados de ellos, no por los Alpes, sino por el océano, porque ellos casi no han oído hablar de vos ni de vuestros libros. Ved si no es una cosa mísera esta fama por la que nos afanamos." Las cosas que Petrarca comunica a su vate corresponsal del otro mundo, o sea Homero, no pueden ser más juiciosas. Le dice que si Virgilio no habla nunca de él, Homero, es porque pensaba mencionarle con gran elogio al terminar *La Eneida*. Pero aún le tranquiliza más diciéndole que Horacio y Ovidio hablan de él con intensa admiración. "Flaco —o sea Horacio— os llama a vos, Homero, el mayor de los filósofos." Las confidencias de Petrarca con Homero acaban por pedirle que salude a Orfeo, Lino y Eurípides, y como fecha y dirección añade textualmente: "Escritas en el mundo

de los vivos, en la ciudad de Milán, el 9 de octubre del año 1360 de esta última edad del mundo."

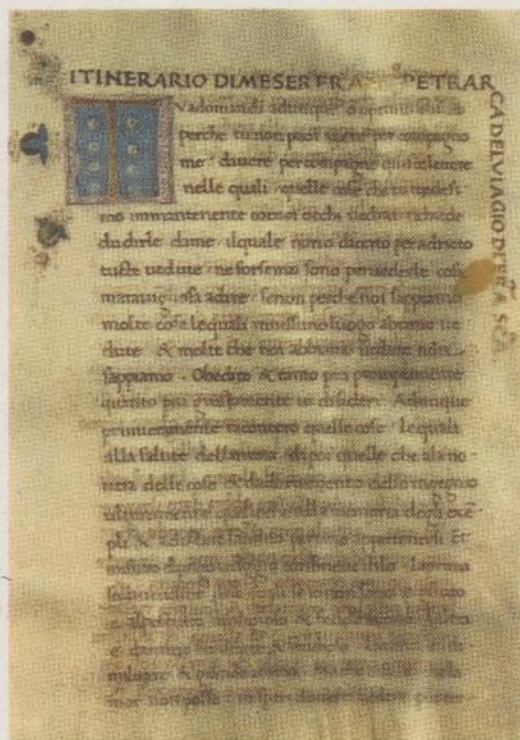
A Cicerón le trata Petrarca con mucha más confianza que a Homero. Petrarca encontró en Verona un manuscrito con las cartas auténticas de Cicerón a sus amigos, y tiene por tanto bastante información para criticarle. "¿Qué locura te hizo lanzarte contra Antonio? Tal vez dirás que tu amor a la República. Pero la República había ya caído en irreparable ruina, como tú mismo reconocías. Puede ser que un sentimiento del deber, el amor a la libertad, te obligara a



Virgen de la leche, por Andrea y Nino Pisano (Museo Nacional de San Mateo, Pisa). Andrea Pisano, escultor del siglo XIV, quizá se relacionó con los célebres pisanos que renovaron la escultura italiana en el siglo XIII. Trabajó en el baptisterio de Florencia y en el "campanile" de su catedral. Su arte, de exquisita perfección, se vio influido por Giotto.



Francesco Petrarca, según un cuadro de pintor anónimo conservado en los Uffizi, de Florencia.



Página del "Viaggio di Terra Santa", de Petrarca. Pergamino del siglo XV (Biblioteca Central, Barcelona).

obrar como tú obraste, aunque sin esperanza. Esto lo podemos muy bien comprender en un gran hombre. Pero, entonces, ¿por qué te hiciste amigo de Augusto? ¿Y cómo podrás excusar a Bruto?" "¡Ah, cuánto mejor no hubiera sido para un filósofo meditar pacíficamente lejos de la ciudad, y no haber sido cónsul, ni haber encontrado un Catilina que te llenara la cabeza con el humo de la ambición!... Escrita esta carta en el mundo de los vivos el 16 de junio de 1345 de este Dios que tú no conociste."

A pesar de preferir la soledad y la quietud, Petrarca continuó viajando y estudiando a las gentes. Admiraba el mundo bello con la fruición de un espectador moderno. Su predilección por el arte clásico no le impidió comprender la belleza de la catedral de Colonia y de la iglesia de Aquisgrán, donde está enterrado Carlomagno, "a quien veneran las gentes bárbaras". En Colonia se regocija contemplando el hormiguero de gente paseando por la alameda del río, pero lamentaba sobre manera que no hubiera en aquella ciudad ninguna copia de Virgilio, "aunque sí muchos Ovidios". Petrarca aprovechaba cuantos viajes hacía fuera de su patria para explorar cuidadosamente las bibliotecas.

Además de viajero curioso, Petrarca ha conseguido el título de primer alpinista europeo, por una carta en que describe su ascensión al *Mont-Ventoux* (Delfinado). "Querría experimentar —dice— la sensación que produce una gran altitud... Recordaba, además, lo que escribe Tito Livio de Filipo de Macedonia, que subió al monte Hemón (Tesalia), desde el cual creía poder ver el Adriático y el mar Negro." Petrarca y su hermano fueron a dormir al pie del monte y la ascensión se hizo al amanecer. "El aire era excelente: nos complacía la sensación de nuestro cuerpo ágil y vigoroso, con la inteligencia despejada." Los diferentes episodios de la jornada, la depresión e irritabilidad causadas por la fatiga, la pereza producida por la altitud, y, por fin, el goce de descansar tendidos en la cumbre, están descritos por este precursor nuestro de una manera que calificaríamos de moderna.

Las cartas y ensayos latinos de Petrarca nos interesan hoy tanto o más que sus poesías en lengua vulgar, pero no fue así durante varios siglos. Nuestros abuelos y tatarabuelos no leían de Petrarca más que sus canciones en vida y en muerte de *Madonna Laura*. En ellas se poetizan las visiones de una mujer que algunos creen que fue una ficción puramente imaginaria del propio poeta. Pero, por otros, Laura se ha identificado desde muy antiguo con una dama casada con el señor de Sade. Tuvo varios hijos,

*Federico de Montefeltro,
duque de Urbino,
por Piero della Francesca
(Galería de los Uffizi,
Florencia).*



y la fecha de su muerte parece coincidir con una nota obituaría que escribió Petrarca en su manuscrito de Tito Livio. Más tarde se dijo que aquel año se secaron todos los laureles de Italia. Más sorprendente todavía parece el amor de Petrarca cuando nos enteramos que el poeta había tenido dos hijos naturales de una mujer que nos es completamente desconocida. Sea quien fuere, Laura aparece en las canciones de Petrarca sin ningún simbolismo metafísico, y esto la distingue grandemente de la Beatriz del Dante, que representa el conocimiento teológico. Laura no es más que una mujer; sus características son sus gestos, su ademán femenino, su gracioso saludo, el dulce mirar y la voz suave. Un cabello dorado, besado por el céfiro, bastaba para revelar toda la belleza de la mujer, paralela a la grandeza intelectual del hombre. La sublimación de Laura es otra manifestación de humanismo: la pareja está formada; el genio, el tirano, el déspota, se dignifica por una sublime compañera, que es espejo de honor, pureza y gallardía. Y es precisamente ella la que confiere el lauro, que viene a querer decir la fama, el deseado triunfo de la vida activa.



Sepulcro del papa Martín V (San Juan de Letrán, Roma). Fue elegido en el concilio de Constanza y se le considera como el primer papa renacentista. En 1420 restableció en Roma la corte de los pontífices.

BIBLIOGRAFIA

Arnold, R.	<i>Cultura del Renacimiento</i> , Barcelona, 1928.
Bosco, U.	<i>Petrarca</i> , Bari, 1961.
Burckhardt, J.	<i>La cultura italiana del Renacimiento</i> , Madrid, 1946.
Garin, E.	<i>L'Umanesimo italiano</i> , Bari, 1964.
Huizinga, J.	<i>El otoño de la Edad Media</i> , Madrid, 1961.
Nolhac, Pierre de	<i>Pétrarque et l'humanisme</i> , París, 1892.
Orsi, P.	<i>Historia de Italia</i> , Barcelona, 1960.
Renouard, Y.	<i>Les hommes d'affaire italiens du Moyen Age</i> , París, 1940.
Simeoni, L.	<i>Le Signorie</i> , en <i>Storia politica d'Italia</i> , Milán, 1950.
Volpe, G.	<i>Il Medio Evo</i> , Florencia, 1965.



*Castillo de Sirmione,
edificado por los Sforza
para la defensa de sus
posesiones en Lombardía.*